Mariano Ruiz Funes

Dionisio Sierra

¡AMOR!

Comedia en dos actos y en prosa.

Murcia

DAU
19051

hr. 242038

C.B 1486927

CONSEJERÍA DE EDUCACIÓN Y CULTURA
BIBLIOTECA REGIONAL
MURCIA

R 387400

S. D. Mariano Ruiz Funes.

Le dedico mis primeros pinos literarios,

Dionisio Sierra

Mayo (95).

DEDICATORIA

A MI PADRE (Q. E. P. D.)

Colocar tu nombre en la primera página de esta obra era la aspiración más vehemente de mi alma.

Tu hijo

DIONISIO SIERRA

¡¡AMOR!!

COMEDIA

MURCIA
TIP. DE ANDRES SAEZ
Año 1907

¡¡AMOR!!

Comedia en dos actos, original y en prosa

DE

Dionisio Sierra

PERSONAJES

MARIA	20 años		
DOÑA SOFIA . .	40	»	madre de María.
CLARITA . . :	18	»	amiga » »
D. DIEGO DAVID.	30	»	pintor
DON GONZALO .	50	»	padre » »
RAMONCITO . .	19	»	
DON ARTURO. .	60	»	
RAIMUNDO . . .	19	»	

CRIADO, TESTIGOS, INVITADOS, &

Derechas é izquierdas las del actor.

ACTO PRIMERO

Gabinete de confianza, pero con bastante lujo, en casa de D. Gonzalo. En el centro un gran sofá ó chaise longue: ante él una mesita de centro: en el foro galeria ó vestíbulo, á la derecha, y en segundo término, puerta: en primero balcón que dá al jardín. Al foro sillas y un piano, junto á él un caballete de pintor banqueta y mesita volante.

ESCENA I

(Aparece Clarita sentada en una butaca junto al balcon que da al jardin, enfrente de ella, María; despues Ramón).

CLARITA: *(enseñando unas cartas)*

Estas son sus cartas; ¡si vieras que curiosas son! te tengo que leer, algunas. Son muy interesantes... Mira esta *(leyendo)*. «Distinguida señorita; poco os conozco, pero sí lo bastante para saber, que es usted muy buena y muy bonita. La primera ocasión que tuve de oir su agradabilísimo timbre de voz, fué para mí el momento más feliz de mi vida.»

MARIA:

¿Ah? ¿Pero lo viste? ¿Hablaste con él? Nada me has dicho.

CLARITA:

Verás: fué en casa de las de Peralejos, en unas de esas veladas cursis que dan: allí me lo presentaron, es amigo de tu primo.

MARIA:

¿De Ramoncito?

CLARITA:

Sí.

RAMÓN:

Buenos días, mis queridas ami... digo, ustedes, dispensen; buenas tardes. ¿Cómo va Clarita. y tu. prima?

MARIA Y CLARITA:

Perfectamente... Muy bien... (*Clarita guarda las cartas*). ¿Y Antonia?

RAMÓN:

Bien, muy bien. ¿No nos vió usted anoche?

CLARITA:

No. ¿Dónde?

RAMÓN:

En el teatro. Yo sí la ví á usted, Antonia decía que no era usted. ¿No estaba V. junto al palco, con las de Peralejos?

CLARITA:

Sí, sí, efectivamente.

RAMÓN:

¡Ya lo creo! La ví á usted bien, por cierto, que me fijé en un detalle que nunca había visto. ¿Es que vé V. poco?

CLARITA:

¿Por qué?

RAMÓN:

¡Como gasta usted impertinentes!

MARIA:

¡Qué tonto!

CLARITA:

No, no es para ver más.

RAMÓN:

Entonces, ¿para qué es?

MARIA:

¡Vaya un interés!

CLARITA:

Para no ver tanto. (*ríen*)

MARIA:

¿Y tú fuiste con Antonia?

RAMÓN:

Ya lo creo, fuimos á palco

MARIA:

¡Qué novedad!

RAMÓN:

Sí, fuimos al doce.

CLARITA:

¿Y le gustó á usted la obra?

RAMÓN:

Si, mucho; pero le gustó más á Antonia. ¡Ah! ella se entusiasma con esas comedias clásicas, como ella dice; á mí, no; no les quito su mérito.

MARIA:

Eso faltaba.

RAMÓN:

Pero no me gusta, ¿qué quieres, prima, yo soy así!

MARIA:

Sí, ya sé que eres así, eso es lo que te perjudica, el ser... así.

RAMÓN:

Paciencia, ¿qué le voy á hacer!

MARIA:

Oye, primo, ¿y es de verdad que tú quieres á tu novia?

RAMÓN:

Toma, y tan de verdad; ¡qué preguntas tienes!

MARIA:

No, Ramoncito, no te asustes, no tiene nada de raro mi pregunta; lo que tiene mucho de raro, es tu contestación.

RAMÓN:

¿Cómo mi contestación? ¡Oye usted, Clarita! ¿Crées que es mentira, que no la quiero?

MARIA:

No, sólamente que es mentira, no, sino que no puede ser verdad, que no es lo mismo, y sin embargo es más triste.

RAMÓN:

Lo mismo dá una cosa que otra, dan á entender lo mismo.

MARIA:

No lo creas; si es mentira, es que no la amas hoy, aún; pero si no puede ser verdad, que es lo que yo creo, es que no puede ser que tú la ames, ni hoy, ni mañana; ya ves como no es lo mismo, primo.

RAMÓN:

Bueno, ¿y eso á qué viene? ¿Por qué dices eso?

MARIA:

Yo, por nada, una opinión; creo que mejor y más noble, será decirte mi opinión sincera, lo que siento, aunque te mortifique, que decirte lo contrario de mis sentimientos, para procurar halagarte. ¿Verdad, Clarita?

CLARITA:

Claro que sí.

RAMÓN:

Naturalmente.

MARIA:

No es muy natural, pero sea como quieras.

CLARITA:

¿Pero es que tú no crées en el amor? Es notable. ¡Qué rareza!

MARIA:

Sí, sí, será muy raro.

CLARITA:

Y tanto que lo es.

MARIA:

Me alegro, ya tengo dos más.

RAMÓN:

Dos más, ¿de qué?

MARIA:

Pues dos más que no piensan como yo. ¿Te parece raro eso también?

CLARITA:

No, eso me parece muy lógico.

RAMÓN:

¡Ya lo creo que es lógico! Verás como son pocos los que encuentras de tu manera de pensar.

MARIA:

Lo sé, lo sé ya, encuentro algunos pero son los menos, por eso, por eso me alegro de pensar así, porque son los menos, si fuera lo contrario, me aburriria.

RAMÓN;

Bueno, pues á mí no me convences.

CLARITA:

Ni á mí tampoco.

MARIA:

No, si yo no os convenceré, si seréis vosotros mismos.

RAMÓN:

¿Nosotros mismos?

MARIA:

Si, sí, vosotros. vosotros solos iréis convenciéndose,

CLARITA:

¿De qué?

MARIA:

Pues de eso, de que el amor es mentira.

CLARITA:

¡Qué rara eres, María!

MARIA:

¿Quién, yo? Vosotros.

MARIA Y CLARITA:

O tú.

CRIADO: (*anunciando*). El Profesor, (*váse*).

RAMÓN:

Me alegro, así tendremos uno más que nos dé la razón.

MARIA:

Sí, á buena parte vienes.

ESCENA II

Dichos y el D. Diego por el foro izquierda

D. DIEGO:

Señores, buenas tardes, *(á Ramoncito)*. Ola D. Ramoncíto, sé que se casa usted muy pronto, que sea en horabuena (*á Clarita*) señorita.

MARIA: *(presentándola)* Clarita Osorio. hija de un íntimo amigo de papá, *(presentando á D. Diego)*, D. Diego David, célebre pintor y profesor mio.

CLARITA;

Muy señor mío.

D. DIEGO:

Tengo mucho gusto, *(se dan las manos, á Ramón)*, y qué ¿es muy pronto, es muy pronto esa boda?

RAMÓN:

Pues ya solo falta terminar no sé que documentos... eso mi tio que vá á ser mi padrino lo sabe, y ya está terminando, yo creo que será el Domingo.

D. DIEGO.

Muy bien me alegro mucho.

RAMÓN: *(á María)*, ¿ves, ves como se alegra, ves como no piensa como tú? Anda apunta uno más.

D. DIEGO:

¿Como, por qué?

MARIA:

No le haga usted caso D. Diego, son tonterias de él, fué que antes discutimos...

RAMÓN:

Sí, si discutimos y gané yó, fijese, en lo que era.

MARIA:

No, yo lo diré.

RAMÓN:

Verá usted.

D. DIEGO:

Calma, calma, ¿que decía usted, María?

MARIA:

Pues, cosa de muy poca importania.

RAMÓN:

¿De poca importancia? serán para tí, que para mí es de mucha, ya lo creo.

CLARITA:

Claro como que se vá á casar.

MARIA:

Y con una mujer muy bonita.

CLARITA:

Y tan bonita, como que tiene novio.

D. DIEGO:

¿Y esa era toda la discusión?

MARIA:

Esa era, y yo le decía que no creía en ese amor, es decir, en ese precisamente, no, sino en todos, en una palabra que no comprendo como dos seres puedan amarse, y amarse hasta el extremo de ir á la vicaría. Comprendo, sí, entiendo perfectamente que por una mujer se sienta el amor... un amor breve, ¡pero toda la vida! no no, de ningún modo.

CLARITA:

Y á usted eligió Ramoncito, por abogado.

D. DIEGO:

Hijo, á buena persona elijes para que te defienda, yo soy un enfermo, un enfermo del alma; mejor dicho del corazón.

RAMÓN:

¿Y es que no le queda un nuevo impulso que le obligue á amar?

D. DIEGO:

No, ni uno; es más, no comprendo eso de los impulsos del corazón, ni transijo con lo que llaman corazonadas. El corazón no piensa, siente. El corazón no discurre, el cerebro sí. Hay quien dice, «me lo daba el corazón... el corazón me decía...» No, no, nada de eso es verdad: á esos indivíduos ni les dice nada su corazón, ni les dá nada más que latidos,eso si es verdad ¿que el corazón late, que palpita? cso nadie lo puede negar, pero ¿qué anuncia, qué prevée? eso es un absurdo. El corazón no sufre nada más que las impresiones materiales, rudas.Cuando se le mortifica con sensaciones reales, pero no sufre por las idealidades de su dueño. El amor pertenece al ideal.

RAMÓN:

A pesar de eso, no habrá nadie que me convenza, que yo no quiero á mi Antonia.

D. DIEGO:

¡Ah! pero si usted como todos los hombres aman—ó creen amar, por una cosa distinta al amor.

RAMÓN:

¿Por que, por que amamos entonces?

D. DIEGO:

Por instinto. No, no trato yó de convencerlo á usted que no ama á su Antonia, como usted dice, lo que trato yó de demostrarle, es, que el amor puro, sublime, sincero, solo se puede tener por una cosa incorporea «por... algo así... vamos... por algo ideal ¿comprende usted?

RAMÓN:

Nó.

D. DIEGO:

En una palabra Ramoncito el amor puro, es una quimera.

RAMÓN:

Quimera y todo yó me caso ¿Dicen que estoy loco? pues al manicomio, pero con mi mujercita, con mi Antonia.

CLARITA:

¡Ay! qué ganas tengo yo de ver á los alienistas.

D. DIEGO:

¡Ah! de eso estoy seguro (*contestando á Ramón*) se vé en usted claramente, pero estoy muy seguro de que yo no me casaré. ¿Discípula? (*á María*) ya hemos

hablado bastante: ya es hora de empezar la clase. (*Se dirigen al caballete*)

MARIA:

(*A Ramón y Clara*) Con vuestro permiso.

RAMÓN:

Tú lo tienes, por nosotros no te prives... Clara y yo hablaremos mientras tu padre viene, nosotros nos entenderemos mejor, ¿verdad, Clarita?

CLARITA:

Si señor, sentemonos (*Se sientan. María está sentada en la banqueta que hay ante el caballete. El pintor, de pié ó sentado como convenga al actor pero junto á ella*).

RAMÓN:

Dicen que el mundo está plagados de locos, y que cada uno vive contento, entregado á su locura, pues, que me dejen á mi con las mias, que yo me entiendo, y usted también Clarita, usted también parece que me entiende.

CLARITA:

Ya lo creo, y es más, creo que nuestra locura es locura contagiosa, por eso creo yo que somos los más en opinar como usted.

RAMÓN:

Ciertamente, usted lo ha dicho, somos

los más; y esos también, esos también piensan como nosotros; lo que sucede,es que quieren ellos mismos engañarse, porque como son artistas, y el amor al arte los tiene obceados, no quieren que al enamorarse puedan perder esa predilección que ellos tienen por su arte, pero en su interior bulle ese sentimiento.

CLARITA:

Y es raro ¿verdad? es raro que un artista no ame, sería el primero, el único.

RAMÓN:

No, no se haga usted ilusiones... aquí me tiene usted á mí; no soy artista, pero creo en el arte, con los puños cerrados: Me gusta la pintura extraordinariamente, sobre todo la pintura moderna. ¡Oh! me encantan esos colores pálidos y esas líneas tan graciosas.

D. DIEGO:

Si ya se conoce en usted que le gusta el *modernismo*.

RAMÓN:

¿Hay algún pecado en eso también?

D. DIEGO:

No, no señor, ese gusto es menos malo que el anterior.

RAMON:

¡Ah, vamos!

CLARITÁ:

Siga usted.

RAMÓN:

Pues, decía que me gustaba también y me gusta la escultura, la música ¡ah! sobre todo la música. Mire usted, yo también, ahora que recuerdo, yo también fuí en mis tiempos artista; fui músico.

CLARITA:

¡Caramba!

RAMON:

Sí, señorita, y hacía ya algunos progigios.

CLARITA:

¿Y en qué instrumento? ¿El piano?

RAMÓN:

¡Ca! no, señorita, en el acordeón.

CLARITA:

¡Ah! (*pausa, siguen hablando en voz baja.*)

D. DIEGO:

Bien, muy bien: así es como se consigue desterrar los defectos; hay que cuidar mucho la factura.

MARIA:

Sí, pero es muy difícil; ¡si usted supiera qué trabajo me cuesta!

D. Diego:

Naturalmente. Ahora lo que tiene usted que hacer, corrigiéndolos á la vez, son los contornos. Hay que perfilar bien con objeto que el fondo acuse bien la figura, siempre procurando que esté más débil que la misma figura, hay que buscar el contraste.

María:

¡Si usted quisiera empezar para que yo viera como se hace!

D. Diego:

Como usted quiera; pero estaré poco tiempo. No es cosa de que yo lo haga. (*Se levanta María y se sienta el pintor*).

María:

(*Se dirije despacio al grupo que forman Ramoncito y Clara*) Clarita, ahora cuando se marche el profesor, me terminarás de leer esas cartas. Conviene que estemos solas; dispensa entretanto...

Clarita:

Verás, te vas á reir.

Ramón:

¿Qué cartas son esas?

María:

¿Por qué lo quieres saber? ¡qué curio-

sidad! (*Alejándose, vá donde está don Diego.*)

CLARITA:

Son las cartas que me ha escrito un amigo de usted que ronda mi casa: parece un policía.

RAMÓN:

¡Ah! sí, Raimundo, el hijo del Delegado de Hacienda.

CLARITA:

¿Es hijo del Delegado de Hacienda? no lo sabía.

RAMÓN:

Sí. señorita; del Delegado de Hacienda en Albacete; él está aquí terminando la carrera de medicina, está convidado á mi boda, lo verá usted, y ya me encargaré yo de presentárselo.

CLARITA:

Muchas gracias.

RAMÓN:

No hay por qué.

CLARITA:

Ya lo creo que hay por qué.

ESCENA II

Don Diego, David, Clarita, Ramoncito, María, D. Gonzalo, D. Arturo y D.ª Sofía. Estos tres últimos en traje de calle.

GONZALO:

Buenas noches. Jesús, no veo: como venimos de la calle. (*Se acerca á un interruptor y dá luz á la lámpara del centro*) Hola D. Diego, ¿cómo vá desde ayer?

D. DIEGO:

Perfectamente, ¿y ustedes?

SOFÍA:

Muy bien.

GONZALO:

(*A D. Diego, presentando á D. Arturo*) Don Diego? Don. Arturo de los Santos Marcollanas. (*A D. Arturo, presentando á D. David*) Don. Diego David, célebre ?profesor de pintura.

SOFÍA:

Profesor de la niña.

D. Arturo:

Muy señor mío. (*Se quedan hablando junto al caballete*). He oído hablar mucho y bien de su talento; de su reconocido talento.

D. Diego:

Siempre hay amigos que procuren por nuestra ausencia.

D. Arturo:

¡Ah! no, eso no. ¡Justicia! ¡Justicia! (*Siguen en voz baja D. Arturo, D. Diego y María. A otro grupo Sofía, Ramón, Clarita y D. Gonzalo, éste en los dos grupos*).

Sofía:

Ramoncito, no dirás que no se ha portado tu prima, un precioso juego de mantelería.

Clarita:

Precioso y práctico.

Sofía:

Ya lo creo, y bordado por ella.

Clarita:

Con las iniciales R. A.

Ramón:

Ramón y Antonia. Muy bien.

Sofía:

Y el de Clarita también lo hemos reci-

bido: ese no es para tí, es para Antonia. Es un lujoso juego de tocador.

RAMÓN:

Muchas gracias en su nombre, Clarita.

CLARITA:

No hay de qué.

SOFÍA:

¿Y usted? Ahora le toca á usted. A ver cuando se decide esa boda; ésta ya está terminada; dentro de tres días estarán ya en su casita. Mañana empezarán á llevar muebles y todo lo que vaya haciendo falta. Ahora sólo falta por terminar unos requisitos para la ceremonia, que para eso ha venido D. Arturo.

Clarita, tiene Vd. que ver la alcoba: ¡qué preciosa! dicen que es Luis XV.

CLARITA:

Vaya, Ramoncito, ¡qué suegro le ha dado á usted Dios!

RAMÓN:

Eso sí; D. Arturo es un padre modelo: quiere á su hija hasta la exageración.

MARIA:

(Desprendiéndose del grupo y aproximándose al que forman Ramón, Clarita

y Sofía). Qué, ¿ha sido destinado ya el día?

SOFÍA:

Sí, el jueves.

MARIA:

Sólo tres días, primo; sólo tres días te faltan.

RAMÓN:

¡Qué largos van á parecerme!

MARIA:

Más largos te parecerán otros: así te irás acostumbrando.

GONZALO:

En fin, señores dibujantes, dejamos á ustedes que terminen su clase.

D. DIEGO.

No, ya quedaba poco, estábamos terminando.

GONZALO:

Bien, nosotros tenemos que terminar aún algunos detalles. Ramón, ven ahora, en el despacho te esperamos. ¿D. Arturo?, cuando usted quiera.

ARTURO:

Ahora mismo.

GONZALO:

Sofía, (*á Sofía*) anda hija, debes estar cansada: poco te queda ya de estos traji-

nes. Y ustedes, señores, (*á D. Diego y á Clarita*) quedan convidados á la boda: ese día tiene que ser fiesta en esta casa, y fiesta grande. Todo luz, todo alegría. He de hacer por mi sobrino todo lo que pueda, y lo que no pueda también; (*á Ramón*) no tanto como te mereces, granujilla.

RAMÓN:

¡Tio!

GONZALO:

¡Calla tonto!, y tú María, di á tu profesor que en honor á estos tres días de preparativos, y hasta que no pase la fiesta, le dispense de dar clase. Estos días hay que gozar.

MARIA:

Ya lo oye usted.

D. DIEGO:

Está muy bien. (*Con amabilidad*)

ARTURO:

(*A D. Diego*). ¿Señor mío? He tenido mucho gusto en conocer á usted. Ya sabo dónde me tiene á su disposición. (*Vánse Sofía y Gonzalo*).

D. DIEGO:

Digo lo mismo: Diego David: pintor.

ARTURO:

Usted lo pase bien. Adiós Clarita; recuerdos á mamá. ¿Vienes, Ramón?

RAMÓN:

Ya voy, Don Arturo, ya voy. Ha dicho mi tío que avisará.

ARTURO:

(*Saludando*). ¿Señores...? (*Váse*).

ESCENA IV

María, sentada ante el caballete; D. Díego, de pié; Ramón y Clarita, junto al mirador.

CLARITA:

(*A Ramón, que se vá acercando al caballete*) Debe estar usted muy contento.

RAMON:

Sí, sí, señora, estoy muy contento.

CLARITA:

Y es para estarlo.

RAMÓN:

También es verdad. Esta es una situación, que únicamente pasando por ellas, se puede dar uno cuenta de las emociones que se experimentan.

MARIA:

Si, á esa situación le pasa lo mismo que á la que sufren los ajusticiados. Hay que pasarlos para creerlos; pero no te asustes, (*ríe*) tiene una ventaja como la otra: que sólo una vez se sufre.

RAMÓN:

¿No has tenido á mano otra cosa con qué compararme? Siempre serás igual.

MARIA:

Y tú también.

CRIADO:

(*Desde la puerta. A Ramoncito*). ¿Don ramón?, su tío que puede usted pasar.

RAMÓN:

Voy en seguida.

MARIA:

Sí, hijo, anda á hacer de hombre formal, aunque sea sólo por una vez en tu vida.

RAMÓN:

Hasta ahora. (*Váse*).

CLARITA:

Vaya usted con Dios. (*Clarita, duran-*

te esta escena, ha estado entretenida hojeando unas cartas que llevaba en un bolsillo de calle).

D. DIEGO:

Y yo también me voy: ya lo sabe usted María. (*Cogiendo el sombrero que dejó sobre una silla*). Apretar un poco todas esas notas débiles. No conviene que el dibujo quede difuso. Hay que determinar con más seguridad, con más alma, y sobre todo con mas cariño. El arte, necesita mucho cariño, para conseguir de él lo que se desea.

MARIA:

Muy bien. ¿Vendrá usted mañana?

D. DIEGO:

Sí, sí, hasta mañana. ¿Clarita?, usted lo pase bien.

CLARITA:

Vaya usted con Dios. (*Váse D. Diego*).

——— ESCENA ÚLTIMA ———

Clarita, sentada junto al mirador; María se levanta y se dirije donde está su amiga.

MARIA:

¡Gracias á Dios que nos dejan sólas! Anda, ya estoy desocupada, léeme esas cartas.

CLARITA:

Verás que curiosas, te vas á reir.

TELÓN

Fin del primer acto

Acto segundo

ACTO SEGUNDO

La misma decoración que en el acto anterior y á la misma hora.

ESCENA I

Aparece D. Gonzalo sentado en una butaca, leyendo un periódico; D.ª Sofía, sentada en el sofá; ante ella hay una mesita con un tablero de ajedrez. María está sentada ante el caballete, detrás de ella D. Arturo y oyendo las explicaciones que le dá María.

SOFÍA:

Y así, jugando el alfil, resulta que se queda la reina al descubierto. Damos un salto de caballo y jaque: huye y ya tenemos el mate á las doce jugadas.

GONZALO:

¿Y para conseguir} un mate en doce jugadas te estás devanando los sesos?

SOFÍA:

Tú como no entiendes ni te gusta entender, crées que es tan fácil. ¡Si tú supieras lo importante que es jugar al ajedrez! ¡Si tuvieras noticias de las batallas que se han ganado tan sólo porque había un general que supiera el ajedrez, no hablarías en ese tono despreciativo!

GONZALO:

Mira, déjate el tablero y oye. Niña, (*á María*) oye tu también esta noticia que viene en el «Heraldo», (*á D. Arturo*) es de su profesor de dibujo, (*leyendo*) «Ha sido concedida la vacante de profesor de dibujo que había en la Academia provincial, á nuestro querido amigo el conocido pintor D. Diego David. Reciba nuestra enhorabuena.» ¿Lo oyes? (*á María*).

MARIA:

Sí, sí.

GONZALO:

A ver si te se olvida felicitarle en nuestro nombre.

MARIA:

¿No lo felicitáis vosotros?

GONZALO:

No, porque tu madre y yo tenemos

que salir con D. Arturo á terminar el asunto de nuestro sobrino: es esta noche la ceremonia y no es caso de retrasarse. Anda tú, Sofía, ve á vestirte.

SOFÍA:

No tengo mucha falta, saldré con este traje, me pondré el sombrero y los guantes, estoy aquí al momento. (*Váse*).

GONZALO:

(*Dejando el periódico y acercándose donde está María y Arturo*) Qué, don Arturo, ¿ha visto usted ya los primores de la artista?

D. ARTURO:

Sí, señor, no sabía yo que estuviera tan adelantada. Esta hecha una profesora en toda regla. Antonia empezó á pintar, pero después se cansó y dejó los pinceles, pero no estaba tan adelantada como María, ¡oh! esto ya es distinto.

MARIA:

¿Y cuando vá á venir Antonia? ya es hora de que estuviera aquí

D. ARTURO:

Sí, es hora, pero no vendrá hasta que no esté casada.

MARIA:

¿Por qué?

D. Arturo:

Pues te diré, pertenecen ella y su madre á una de esas sociedades de caridad, donde hay curas, marquesas y monjas y sin duda, ésto es que lo sospecho yo,que decirme, nada me han dicho, ya saben quién soy yo, pues bien, sin duda esas amigas le han aconsejado que la mujer no debe entrar en casa de su novio hasta que no tengan echadas las bendiciones.

Maria:

¡Qué rareza!

Gonzalo:

Sí, si es raro eso.

D. Arturo:

Yo no he querido contrariarles, sería la primera vez; nunca tuve en casa opinión propia. Mi mujer es dueña hasta de mi opinión.

Maria:

Pues en esta ocasión no ganan esas señoras.

D. Arturo:

¿Por què?

Maira:

Porque quiera ó no tendrá que entrar: la ceremonia, ¿no es en la capilla de casa?

GONZALO:

Sí.

MARIA:

Entonces...

ARTURO:

¡Ah! ya lo habrán ellas arreglado para tener razón. Entrará á la capilla, pero no á la casa. No te canses, tonta, tendrán razón: no lo dudes.

SOFÍA:

(*Con sombrero y guantes*) Cuando ustedes quieran.

GONZALO:

¿Vamos, D. Arturo?

ARTURO:

Vamos. Adiós, María.

MARIA:

Usted lo pase bien.

GONZALO:

Adiós, hija.

SOFÍA:

Adiós.

MARIA:

Hasta luego. D. Arturo, dé usted expresiones á su hija.

ARTURO:

Muchas gracias. (*Vánse Don Arturo, Sofía y D. Gonzalo*).

ESCENA II

María, sóla. Después Clarita. (Pausa)

MARIA:

¡Qué raro es todo eso de Antonia! No me lo explico. Siempre será tan rara y tan hipócrita, y ahora que me acuerdo, damos una importancia á nuestros amigos, que muchas veces nos perjudica. Ahora mismo, sin ir más lejos, le he dadoá Don Arturo expresiones para su hija ¡Qué sarcasmo! ¡Cuánta ironía! ¿Cómo las recibirá? Indudablemente, mal. Ella no puede verme, ni yo á ella: y yo, ávida de ser galante con su padre, he sido con ella cruel. ¡Ay! sí; la galantería muchas veces sirve de veneno. Conviene no ser galante; conviene ser, es decir, manifes-

tarse tal cual es una persona, sin refinamientos. sin coqueterías.

CLARITA:

(*Desde dentro*) No, no; yo me anunciaré. (*Entrando*) María, ¿estás sóla? ¡Jesús, hija; te vas á florecer! Pareces un mueble.

MARIA:

Aquí me han dejado.

CLARITA:

¿No te lo dije? Un mueble; aquí te han dejado y aquí te estás hasta que te muden á otro sitio, bien porque estorbas ó porque haces falta en otro lugar.

MARIA:

¡Y qué quieres! Yo soy así. No tengo voluntad propia.

CLARITA:

Pues oye, vengo á decirte que ya ha hecho efecto la carta que me dictaste. Al momento habló á mi madre, y... ya te lo he dicho todo.

MARIA:

Que no es poco.

CLARITA:

Pero chica, ¡no sabía yo que te dabas tanta maña para atraerlos! y eso que no lo sientes, que si lo sintieras...

MARIA:

Entonces no lo haría; mejor dicho, no lo sabría hacer. Esas cosas se hacen bien cuando no se sienten. No es lo mismo aconsejar que realizar.

CLARITA:

Estás hoy reflexiva, ¿qué te pasa?

MARIA:

Nada, yo siempre estoy así.

CLARITA:

Sí, siempre estás así, pero hoy no sé qué te encuentro de extraordinario. Ayer noté algo, pero hoy lo noto más. ¿Estás mala?

MARIA:

No, no sé, pero dices bien, hoy no estoy como siempre: las emociones de estos días, las visitas, todas las cosas extraordinarias que veo... esa boda... ¡qué sé yo, qué sé yo lo que es! (*pausa*) Unas veces creo que es la muerte, porque se cierran mis ojos y quedo como extasiada. Otras parece que dentro de mi sér hay algo que se afana por ser de aquellos que finjen gozar... otras siento no ya el deseo, sino la envidia, pero las más, creo que las más, es aburrimiento: aburrimiento, sí.

CLARITA:

Yo no sé lo que es, María, pero yo miro el mundo de otra manera. Será que lo veo desde otro sitio distinto al tuyo, pero creo haber adivinado en tí una cosa extraña, y hace un momento me lo he preguntado y creo haber encontrado la solución.

MARIA:

(*Con ansiedad*) A ver, ¿qué es? Dímelo.

CLARITA:

Que estás enamorada.

MARIA:

¡Qué tontería! ¿Y de qué, de quién? Vamos calla... calla...

CLARITA:

De quién, no lo sé. ¿Pero puede serlo?

MARIA:

De ninguna manera; eso es imposible.

CLARITA:

Difícil diría yo, pero no imposible. No seas tonta, eso no se sabe de repente, créeme á mí. Eso entra en nosotras poco á poco.

MARIA:

El amor es una enfermedad.

CLARITA:

Pero una enfermedad que agrada. Pero en fin, yo he venido sólamente á darte la noticia que me interesa y me voy.

MARIA:

¿Te vas?

CLARITA:

Sí, me espera mi criada; ha quedado en el vestíbulo.

MARIA:

Dile que se marche y te quedas aquí. No me dejes sola.

CLARITA:

Sí; mira, voy á decírselo y me quedaré. Dame un beso. (*Lo pide*)

MARIA:

Toma. (*Lo dá*).

ESCENA III

María, sola. Después, Clara. Cuando convenga, un criado que anuncia al pintor. Después, el pintor y Ramoncito.

MARIA:

(*Se sienta y se pone á meditar. Páusa*) ¿Tendrá razón Clarita? ¿Estaré enamorada? ¿Será ésto amor? Pero Dios mío, ¿De quién, de quién estoy yo enamorada que no lo sé?... ¡Oh! no, no puede ser. (*Páusa*) Señor, si ésto es amor, dadme una solu..... pero, ¡qué tontería! ¡Pues no me preocupo poco! ¡Diablo de Clarita! Ya está aquí. (*Entra Clara*) ¿Diste el recado?

CLARITA:

(*Quitándose el sombrero*) Sí.

MARIA:

Pues bien hablemos ahora de tu novio.

CLARITA:

Pues verás: En el momento que recibió aquella apasionada carta que tú me dictaste, vino á casa y habló con mi madre. Yo no oí la conversación, pero he deduc ido, por lo que después me dijo mi madre y èl, que están de perfecto acuerdo.

MARIA:

¿De modo, que el lazo hizo presa?

CLARITA:

¡Qué tonta eres! ¿Qué lazo?

MARIA:

Tienes razón; soy tonta. No debía hablar así al hallarme delante de una enamorada. Es cortarle las alas.

CLARITA:

No, yo no me incomodo; puedes decir lo que quieras.

MARIA:

Nada, hija, que seas feliz; muy feliz.

CLARITA:

Algo tendré que agradecerte de esa felicidad.

MARIA:

No, hija, á mí no,

CRIADO:

Don Diego David y Don Ramoncito. (*Anunciando*).

MARIA:

Dos para dos, Clarita: uno tuyo y otro mío.

CLARITA:

¿Qué dices?

MARIA:

Que ahí vienen dos compañeros, uno de los tuyos y otro de los míos.

CLARITA:

¡Pues si oyeras á Ramoncito!...

MARIA:

Qué, ¿qué dice?

CLARITA:

Pues nada, que pensais así por equivocación.

MARIA:

Ese nació tonto y sigue igual.

RAMÓN:

(*Entrando del brazo de D. David*) Aquí dejo á D. Diego. Cuidado no lo atormentéis. Viene furioso. Le he dado la enhorabuena y está irresistible. (*al pintor*) Usted dispense la confianz...

D. Diego:

Puede usted hacerlo. *(á María)* No le haga usted caso, es jóven.

Maria:

No, señor; hay que hacerle justicia, aunque sólo sea por hoy; hoy tiene razón.

Clarita:

Claro, como que se casa hoy.

Maria:

No, no sólamente por eso. Todos tenemos que felicitarle.

Ramón:

Bueno, señores: siento mucho dejar á ustedes. ¿Irán á la ceremonia?

D. Diego:

¡Ya lo creo! ¿Dónde es?

Maria:

Aquí, en la capilla de casa,

D. Diego:

¡Ah, ya lo creo! Vaya usted con Dios.

Ramón:

Adiós. ¡Ah! He recibido su regalo de usted D. Diego. Muchas gracias; eso es portarse.

Maria:

¿Qué es?

Clarita:

Sí, sí; ¿qué es?

RAMÓN:

Es un precioso regalo: un colosal servicio de café; es una cosa artística de verdad, ya lo verán ustedes. En fin, señores, dejo á ustedes; creo que me esperan.

MARIA:

Adiós, primo.

RAMÓN:

(*A María*) Adiós; (*á Clarita*) adiós, Clarita. ¿D. Diego? (*Saluda y váse*).

MARIA:

¿D. Diego? De parte de mis padres y mía doy á usted la enhorabuena. Sólo á los hombres de talento les está reservada esa plaza. Deseamos que la disfrute usted felizmente.

D. DIEGO:

¿Se han enterado ustedes?

CLARITA:

Claro; viene en el «Heraldo».

D. DIEGO:

¡Ah! No lo sabía.

MARIA:

Mis padres me han encargado mucho que no se me olvidara felicitarles en su nombre; tenían que salir y no han podi-

do detenerse para dárscla ellos mismos. Tanto mis padres, como yo, nos alegramos muchísimo.(*Todo ésto lo dice María con verdadero entusiasmo*).

CLARITA:

Y á ese natural entusiasmo uno el mío, que aunque es solo, agrandará el total.

D. DIEGO:

Muchas gracias, así lo comprendo. Las glorias ajenas nos satisfacen más que las propias: es un deseo natural.

CLARITA:

Nó lo tengo entendido asi.

MARIA:

Veamos... todo puede ser... una esplicación...

D. DIEGO.

Sí; las glorias ajenas, como no vemos su parte corrompida, sus efectos, esto es; sus efectos son buenos siempre: las admiramos y nos halagan más, pero las propias no. Como vemos su causa, se alejan á nuestra vista. Son egoismos de la conciencia humana. Solo son bendecidas, porque son caricias de alma.

CLARITA:

Pero eso serán las que obedezcan á

una causa poco sólida ó falsa mejor dicho,

D. Diego:

No, señorita; todas: porque esas, las que llevan en sí todo un proceso de falsos procedimientos, al conseguir la gloria, no nos halaga tanto, porque en nuestras conciencias descubrimos su falsedad. Las otras, las que están sólidas, las que por su sendero leal han sido conducidas á la gloria, si el artista es modesto, sencillo, vé un pago exagerado de su labor y desmerece ante sus ojos la gloria.

Maria:

Debiendo ser al revés.

D. Diego:

¿Por qué?

Maria:

Porque yo creo, que si el artista es sencillo, modesto, como usted dice, la verá más grande, y viéndola, más grande...

Clarita:

Debe alegrarse más, ¿no es eso?

Maria:

Sí, eso es.

D. Diego:

No Maria; no Clara; se achica preci-

samente por eso, porque es muy grande. No hay que hacer alarde de hermosura ni de felicidad y mucho menos de gloria. Porque lo mucho cansa, y cuando se exagera aunque sea de gloria, hastía. ¡Ah, cuántos habrán que estarán aburridos de ser gloriosos! ¡Cuántos habrán que les pese su gloria! Créame usted, María, la mucha gloria me aburriría. (*Pausa corta*) Pero hay otro fenómeno. Cuande el artista es orgulloso, como ganeralmente, y entonces ya es otra cosa, porque crée haber cobrado el fruto de su trabajo y entonces no es gloria, es recompensa. Sólo amor, amor divino es el que falta para saborear las glorias; tranquilidad de conciencia; satisfacción de alma; orgullo, en fin, pero orgullo honrado, que es nobleza, nobleza de alma.

ESCENA IV

Don Diego sentado. María junto al mirador con Clarita. Entran D. Arturo, D. Gonzálo, D.ª Sofía, Raimundo y Ramoncito en traje de calle.

GONZALO:

Buenas tardes, Don Diego. Felices, Clarita.

En esta escena hay un momento que, no es posible escribir. Sólamente al talento de los autores encargo estos cinco minutos de pausa. Al entrar forman varios grupos: en uno D. Arturo y Don Diego, en otro D. Gonzálo, María y Sofía, en otro Ramón, Raimundo y Clarita. Entran, saludan, se oye un sordo rumor de voces que no se entiende y al final forman los grupos.

D. Arturo:

(*A D. Diego*) Sí, señor si es posible la felicidad, amigo Don Diego, yo soy feliz; sí, muy feliz. Créame usted, sólo cuando se tienen hijos y se casan es cuando experimentamos la felicidad. No por la causa sino por sus efectos... Don Diego, consuela mucho el pensar que va uno á verse reproducido en hijo de los hijos. El dominio y la autoridad que teníamos sobre nuestros hijos, hoy lo tienen sobre nosotros nuestros nietos.

D. Diego:

Quiéralo Dios.

D. Atturo:

Sí, señor; quiéralo Dios. (*Siguen hablando*).

Gonzalo:

Sí, hija, sí; ahora mismo. (*A María*) Los padrinos no tardarán; puede que el sacerdote esté esperando.

Maria:

¿Y Antonia»

Sofía:

No sé si ha venido, venimos ahora de su casa, no tardarán.

Ramon:

No sabía yo que se conocían ya. ¡Cuánto me alegro!

RAIMUNDO

Y nosotros, créeme que nosotros; me alegro más que si hubiese encontrado un nuevo sello de Pompeya.

RAMÓN:

Hombre, bien merece la pena.

RAIMUNDO:

Bien sabes tú que es ese mi delirio.

RAMÓN:

Sí, sí, ya lo sé,

CLARITA:

Oiga usted, Ramoncito, ¿y Antonia?

RAMÓN:

Ya me han dicho que esperarán en la capilla. Son rarezas.

GONZALO:

(*Separándose del grupo, y á Clarita*)
Y ahora usted Clarita, ahora usted.

CLARITA:

Siempre con lo mismo, D. Gonzalo, siempre de broma.

GONZALO:

No, hija, hoy no estoy de broma; es el único día que hago de hombre formal; pero verás mañana, desde mañana soy otro, soy Gonzalo; hoy no.

MARIA:

(*Que se ha separado del corro cuando*

lo hizo D. Gonzalo, y que se ha venido al que forman Arturo y D. Diego.) Los hombres formales, á un lado; la juventud, á otro, y en otro lado, los dueños de la casa. Muy bien.

CRIADO:

(*Anunciando.*) La señorita Antonia y su madre, esperan en la capilla: Los testigos están en la antesala con el sacerdote; dicen si pueden pasar.

SOFÍA:

Ya, ya vamos. Gonzalo, vamos. ¿Ramón, (*á los demás*) vienen ustedes?

ARTURO:

Sí, vamos.

CLARITA:

(*A Raimundo.*) ¿Viene usted?

RAIMUNDO:

(*A Clarita.*) Con usted á la gloria, al infierno, donde quiera.

(*Van desfilando todos en grupos, D.ª Sofía se retrasa un poco y vé á don Diego sentado y á María ante él.*)

SOFÍA:

(*A María.*) ¿Vienes? (*A D. Diego.*) ¿Viene usted?

MARIA:

No, D. Diego no puede ver esas cosas.

Dice que le causan lástima, que le dan mucha pena, y yo... no quiero, no debo dejarlo solo.

SOFÍA:

Muy bien; ¿iréis luego al comedor?

MARIA:

Sí, espéranos allí.

SOFÍA:

Hasta luego. (*Se aleja, toca un timbre y se presenta un criado.*) Que enciendan el comedor. (*Váse Sofía por donde fueron los demás. El criado toma la dirección opuesta.*)

ESCENA V

D. Diego David, y María, que al irse su madre, ha ido á sentarse en la butaca que hay junto al mirador. D. Diego está sentado junto al tablero de ajedrez, trata de distraerse y hablar, pero se nota en él que no encuentra argumentos. D. Diego, á intervalos mira á María de soslayo y ella á él del mismo modo. Nunca descaradamente. (En esta escena hay que huir de hacerla ridícula; es muy fácil irse á la caricatura. por eso todos los apartes deben hacerse con naturalidad.

MARIA:

¿Será verdad la felicidad...? ¿Sera posible que existan séres felices...? ¿Y acaso seremos nosotros los...? No, yo no soy feliz, y él, creo que tampoco... Luego allí está la felicidad; sí, si: allí la felicidad, aquí el aburrimiento, el hastío...

el tèdio que ha tendido sobre nosotros sus alas negras, envolviendo nuestras almas; ¡nuestras almas predispuestas al dolor, al sufrimiento más que al placer.

D. Diego.

(*Mientras dice lo que sigue, María se levanta y se dirige á la puerta por donde los demás salieron; después vuelve llorosa*).

Me tienen preocupado esas palabras de Ramoncito: «que los artistas no aman, que no saben amar... puede que tenga razón, pero no; yo sé amar, ¡ya lo creo, ya lo creo que sé amar! !Si soy todo amor; si el artista no es más que un trozo de amor hecho carne...! ¿Quién está más en contacto con el amor? ¿Quién lo trata tan de cerca como el artista? Nadie. Sí, sí; nosotros tenemos amor, somos amor, amor artístico. Nuestro espíritu es grande, nuestro espíritu es noble y nuestro amor es inmenso. He de preguntárselo á María. ¡María! (*Llamándola*).

María:

(*Llorosa*) ¿Qué queréis?

D. Diego:

¿Lloráis?

MARIA:

No.

D. DIEGO:

¿Con quién habláis¿

MARIA:

No hablaba, pensaba,

D. DIEGO:

Piensa usted, ¿y en qué, en quién? Si no soy indiscreto.

MARIA:

Pienso que mi madre está llorando; que ha llorado mi padre, y que Ramoncito y los demás lloran también... y pienso, ¿lloran de alegría?...No sé. ¿Lloran alegres, ó desgraciados? ¿Están tristes al llorar, ó están dichosos? Yo no lo sé; por el llanto, sólo conozco que lloran, no el estado de sus almas.

D. DIEGO:

Yo, no; tampoco lo sé, pero juraría que gozan, que gozan, sí, porque aman. Es muy hermoso amar; el amor nos proporciona momentos de completa felicidad. El amor es un lazo que aprisiona las almas; es el vehículo que nos conduce á Dios; es la estela que deja una vida, una vida de felicidades, de bienestar, de satisfacciones, de alegrías; las

alegrías que proporciona Amor, son divinas alegrías, y á propósito: hace un momento, cuando entramos Ramoncito y yo, me decía que los artistas no amaban, es más, que no sabían amar. ¿Que le parece á usted?

MARIA:

No sé qué decir, yo no soy artista.

D. DIEGO:

Sí, pero su temperamento y su alma son de artista. Antes creía que tenía razón, pero me he convencido que no la tiene. (*Pequeña páusa*) El artista es todo amor, ahora que su sueño es una quimera, no por lo raro, no, sino por demásiado bonito y á la vez demasiado dificil, más imposible, sí, más imposible que dificil, es quimérico incomprensible.

MARIA:

¿Por qué?

D. DIEGO:

Porque sueña, con una casita pintada de blanco, con una terraza al frente pintada de azul y tejas azules, situada á la orilla del mar, (*Durante este párrafo, se nota en María un poco de contento, vá interesándose mucho en la historia*

que le pinta el pintor.) reflejándose el sol en las aguas, viendo desde la orilla el efecto que produce el sol hecho mil pedazos. Luego, el paseo en la barca, los paseos por el jardin, el descanso bajo un rosal... todo eso es muy bonito, ¡es precioso! y así lo sueña el artista pero todo eso se estrella ante la realidad y el artista sigue en su mal arreglada buhardilla, expuesto á los rigores del frío y del calor. ¿Qué le hemos de hacer! Paciencia.

MARIA:

¿Y usted, podría amar?

D. DIEGO:

¡Ya lo creo que podría! No sólo podría, puedo, y amo no sé á quién, no lo sé aún, pero amo.

MARIA:

¿Sí?

D. DIEGO:

Sí; dentro de mí tengo amor, mucho amor, y á la vez siento envidia de esa gente que ahí dentro goza. (*Páusa*)

MARIA:

¡Dios mio, qué siento en este momento! ¿Es lástima ó envidia? Parece que al preguntarlo me respondo. Si es envidia,

áma, si es lástima, une tu quebranto á ellos que gozan; que gozan más que tú. Une tu llanto y gozarás con ellos.

ESCENA ÙLTIMA

Atraviesan la escena los convidados y la familia, Cruzan de derecha á izquierda, salen de la capilla y entran en el comedor. Van hablando los unos, distraídos los otros, algunos limpiándose los ojos. Ninguno se fija en María y Diego. Están sentados, no se mueven y claro, no se notan, Diego algunas veces se conoce que quiere hablar, pero la presencia de un nuevo personaje se lo impide. Esta escena no conviene ni hacerla muy pesada, ni muy breve tampoco.

D. Diego y María.

D. Diego.

Mírelos usted, son felices, felices, sí, muy felices. (*Páusa*) ¿Será verdad, será verdad todo eso? (*Como pensando, pero hablando fuerte*) ¿Y eso que dice Ramoncito, lo sentirá? ¿Habrá dentro de él ese

amor?... Yo no lo creo... Pero sí sé, que en ninguna ocasión de éstas, me ha sucedido cosa igual... Parece que vá entrando en mí un efluvio misterioso... Algo así como un sueño vago de cosas que no han sucedido... Como el eco de una voz lejana, como sonidos lúgubres de campanas misteriosas.

MARIA:

Ahora es usted el que piensa.

D. DIEGO:

Sí; ¡qué casualidad! Es que voy notando en mí efectos raros que no entiendo y que nunca los sufrí.

MARIA:

También en mí... hace un momento... pero ya pasó... Vamos al comedor, nos esperan.

D. DIEGO:

No, (*con ímpetu*) ¿digo? (*se reprime*) como usted quiera. *(Se levantan los dos muy despacio y andan dos ó tres pasos no más)*

MARIA:

(*Después de mirarse largo rato*) ¡Qué dicha ser felices!

D. DIEGO:

Sí... como ellos... allí la felicidad. ¡La felicidad, María!

MARIA:

¿La felicidad?

D. DIEGO:

Sí, sí; allí gozan de la felicidad; allí ríen; allí se aman. Ha llegado la hora de amor, y aman. Todos tenemos nuestra hora de amar: sí, María, sí; nuestra hora... ¡Cuándo llegará nues... digo, mi hora... la de usted... *(páusa)*

MARIA:

(*Con ademán de irse al comedor*) ¿Pero...

D. DIEGO:

¡Ah, María! Óigame usted, óigame usted, María. Si aquellas son almas sinceras que se confiesan vencidas, ¿por qué no lo hemos de ser nosotros también? Sí; sí, María, poseemos un alma noble. Abramos al amor las puertas, que entre, que entre y se nos filtre por nuestros poros ese hálito divino y declarémonos vencidos. Sí, Maria, amemos. ¿Que nuestras almas en amable afinidad lograron con su lenguaje mudo entenderse? pues dejemos salir de nuestros lábios la musica palabra que nos conduce á Dios. Sí, María, yo te amo, (*cae á sus plantas de*

rodillas, le coge la mano y la besa) te amo locamente, perdóname, perdóname, María,

MARIA:

Diego, Diego, me confundís, me atolondrais. Dios mío, ¿qué es esto que pasa por mí? ¿Es amor? Si, sí, amor... Las almas nobles, cuando pasa el amor no tienen qne saludarle, hay que besar sus huellas y declararse vencidos... Ha pasado el amor, Diego, yo también te amo. (*Quedan un momento casi llorando. Él está de rodillas con la mano de María entre las suyas; la besa y se levanta*).

D. DIEGO:

Muchas gracias, Maria, muchas gracias. (*Se dirige donde está su sombrero y lo coge*).

MARIA:

¿Cómo, os vais, no venís al comedor?

D. DIEGO:

¡Ah, sí, (*dejando el sombrero*) tenéis razón! Vamos al comedor.

TELÓN

En preparación

El autor de esta comedia prepara un tomo que ha de titularse «TEATRO» y que constará de varias obras representables, con un prólogo de D. Enrique Martí.

Índice de lo que contiene la obra

1.° Prólogo de Enrique Martí.
2.° La Ciencia del Deber. Comedia en dos actos.
3.° Nobleza de Alma. Comedia en dos actos.
4.° El Pseudónimo. Boceto de drama en un acto.
5.° La Marquesa de Puente-Llano. Comedia en dos actos.
6.° Canción del Alma. Zarzuela en un acto, en prosa y verso.
7.° Diálogos - Frases sueltas - Epílogo del autor.

En prensa

Setenta y cinco páginas de versos, tituladas: «No leais ¡Son versos!»